

# EL SOCIALISTA

ORGANO CENTRAL DEL PARTIDO OBRERO

Subscripción, trimestre: España, 1 peseta; Portugal, 1,50; Exterior, 1,75.—Venta: Paquete de 3C números, 1 peseta.

APARECE LOS VIERNES

La correspondencia de Redacción dirijase á PABLO IGLESIAS; la de Administración, á FELIPE PEÑA CRUZ.

Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18, segundo izquierda.

## 1.º DE MAYO DE 1912

Hoy es el día en que el proletariado universal se viste de gala para atestiguar su solidaridad á través de las fronteras; hoy es el día elegido por los oprimidos, por los desheredados de la fortuna social, para renovar sus juramentos de transformar el férreo y egoísta régimen económico actual por otro más equitativo que satisfaga las necesidades de los hombres, así del cuerpo como del espíritu, de un modo acomodado á la dignidad de la especie humana; hoy es el día, en fin, en que la clase trabajadora, movida por un solo pensamiento, se congrega para dar un paso más en el camino de su redención.

El afortunado acuerdo del memorable Congreso Socialista internacional de 1889 es aceptado y cumplido ya sin reservas por todos los trabajadores organizados del mundo, y la fecha de 1.º de mayo, en aquel Parlamento proletario propuesta para reclamar de los Poderes constituidos una legislación protectora del trabajo, puede considerarse el punto inicial de una era venturosa para la clase asalariada, pues á partir de ella los progresos que en su organización ha realizado son enormes y han producido abundantes frutos.

De año en año se van registrando éxitos debidos á la táctica desarrollada por los trabajadores, los cuales al constituirse en partido de clase con aspiración concreta y definida, han dejado de ser meros instrumentos utilizados por las clases directoras para acumular riquezas.

A tal punto llega la importancia del papel que el proletariado constituido está desempeñando, que los problemas llamados sociales—esto es, las cuestiones relativas al trabajo—son hoy objeto de la atención preferente de los gobernantes burgueses, quienes los colocan entre los asuntos que reclaman solución inmediata. Ya es moneda corriente la afirmación de que los problemas del siglo xx serán los económicos especialmente: piénsese en el valor de semejante afirmación y se comprenderá el inmenso trecho recorrido en el camino de las reivindicaciones obreras.

El antes inculto campo de la mente proletaria ha comenzado á ser roturado por la acción de las ideas emancipadoras, y á los abrojos de la inconsciencia y de la ignorancia ha sustituido la bella planta de la organización y de la solidaridad, que ha dado unidad al movimiento obrero universal y está en vías de realizar la gran transformación social que se prepara.

El 1.º de mayo es el alboraz del día de la sociedad futura. Laboremos por conseguir que pronto luzcan en todo su esplendor los ardientes rayos del sol de la emancipación humana.

\*\*\*

Siguiendo la costumbre, puesta en práctica en años anteriores, de añadir á las reclamaciones peculiares de la jornada de 1.º de mayo otras de carácter circunstancial, debe recomendarse que, á más de las peticiones relacionadas con la legislación protectora del trabajo, se hagan en los mítines y demás actos que hoy se celebran, los siguientes:

**Pronta terminación de la guerra de Melilla.**

**Abolición de la ley de Jurisdicciones. Amnistía para los delitos políticos y sociales.**

**Levantamiento de la suspensión de Sociedades y Centros obreros.**

¡Trabajadores! Celebrad el 1.º de mayo, porque con ello aceleráis la caída de la sociedad burguesa y os acercáis al término de vuestra explotación.

## Sobre la lucha de clases.

Los que afirman que el Socialismo quiere la lucha de clases, dicen un solemne disparate.

Si la aspiración suprema del Socialismo es abolir las clases sociales, es crear una sociedad donde ningún individuo explote á otro y donde los intereses de todos sean armónicos, lo que el Socialismo quiere es acabar con esa lucha.

Los que sostienen que tal lucha no existe y que el Socialismo está equivocado al reconocer su existencia y al ajustar á ella su conducta, no sólo niegan lo que la Historia demuestra con suma claridad, sino que llevan su atrevimiento hasta rechazar la evidencia.

Dejando á un lado la lucha que existe

entre los elementos de una misma clase (entre la pequeña y la grande burguesías de un país y entre las diferentes burguesías nacionales), ¿cómo negar con fundamento la que se observa entre el proletariado y la clase patronal?

Las distintas fuerzas de que hoy disponen los Estados, ¿qué otra cosa son, en gran parte, que fuerzas encargadas de la defensa de los privilegios patronales contra las acometidas que puedan darles los elementos proletarios?

¿Soportaría la clase obrera la explotación que con ella ejerce la clase patronal, y con la explotación las injusticias y los males que de la misma se derivan, si los explotadores no dispusieran de fuerza material para dominar su rebeldía?

Las contiendas que tanto en el terreno político como en el económico mantienen hoy los elementos asalariados con los elementos asalariantes, ¿qué son sino lucha de clases, consecuencia del antago-

## La guerra y sus consecuencias.

La pérdida de hombres—principal riqueza de un país—y la pérdida de todo género de riqueza, que se experimenta con ocasión de las guerras, hieren la mirada de todos y, sin embargo, con representar graves males, acaso no sean los mayores de todos, y con seguridad su perjuicio es mucho menor que la suma de daños que de modo directo ó indirecto se originan en la nación por causa de la guerra.

Ya los naturalistas han puesto de manifiesto la decadencia de la raza de los modernos pueblos guerreros, por virtud de la selección retrograda que se efectúa, pues pereciendo en los combates lo más sano y florido, sólo quedan para perpetuar las generaciones los seres débiles, deformes y enfermizos. Lo que por tal

para al de la ley, la centralización política se acrece y las libertades ciudadanas se menoscaban por causa de la lucha entre los pueblos.

La hostilidad entre naciones repercute y se graba en el corazón de los ciudadanos, despiértanse los dormidos instintos agresivos y el encono y malquerer se acrece entre los hombres; por eso el duelo y los delitos de sangre florecen con el abono espiritual de las contiendas entre naciones.

Cuanto á la moral, ¡cuán distinta se muestra en los pueblos que gozan de la paz y en aquellos que por más tiempo guerrearon! La obediencia y la sumisión parecen ser las virtudes de los pueblos en guerra; la iniciativa y la bondad, sobre todo con los débiles, se engendran en el seno de la paz. Tan diferente orientación toma la vida en paz ó en guerra que todas las actividades y virtudes se polarizan en uno y otro caso en diverso sen-

ciertos límites en el abuso desvergonzado, límites que en toda situación «liberal» se trasponen con bastante frecuencia. Y ya que la ocasión cae á pelo diré que, para mí, el último período del mando de Maurra fué no poco simpático. Salvo también los grandes desaciertos en que cayó, especialmente con motivo del asunto Ferrer y de los consabidos sucesos de Barcelona en general.

Como Canalejas parecía constituir una reserva bastante digna de confianza en el liberalismo español, yo era de aquellos que anhelaban el santo advenimiento canalejista, y que al ver las setenta semanas cumplidas, creyeron llegado el instante de rehabilitar al partidoliberal, redimiéndolo de sus anteriores culpas.

Pero ¡que si quieres! Mejor chasco no le he tenido nunca, ó muy rara vez. Canalejas, arriba, ha hecho buenos á sus antecesores «liberales» en el Poder, adelantándose á todos en lo malo y dañoso para el interés público.

Si de mí voto dependiera, cuanto antes, y hasta de la manera más ignominiosa se le debiera dar pasaporte, como con cajas destempladas desde un mandante á su mandatario cuando éste se apoderó con artes engañosas de la confianza y la voluntad del primero para traicionarle después, dando gato por liebre. — P. Dorado.

## PARA MAYO

«Como yo pienso que, siguiendo ciertos rumbos imperialistas inaugurados en 1906, vamos á un desastre, vamos al aniquilamiento del país... lanzo la voz de alarma, prevengo al país por cuantos medios hallo á mi alcance, sin que me altere, poco ni mucho, la pena de extrañamiento del mando que se me imponga por la expresión espontánea, clara y terminante de mi sentir.»

(RAFAEL GASSET.)

«Canta.—El general Alfau ha celebrado largas conferencias con significados moros de las kabilas de Hias y Anyera. Estas conferencias, las visitas á los cuarteles del comandante general y la efectuada por el general Axo á la posición de la Condesa, se consideraron como preparativos de la expedición á Tetuán, que, según se dice, se efectuará en mayo.»

(El Mundo.)

En otros diarios posteriores he visto ya confirmado lo que en el último de los dos transcritos recortes sólo es presunción.

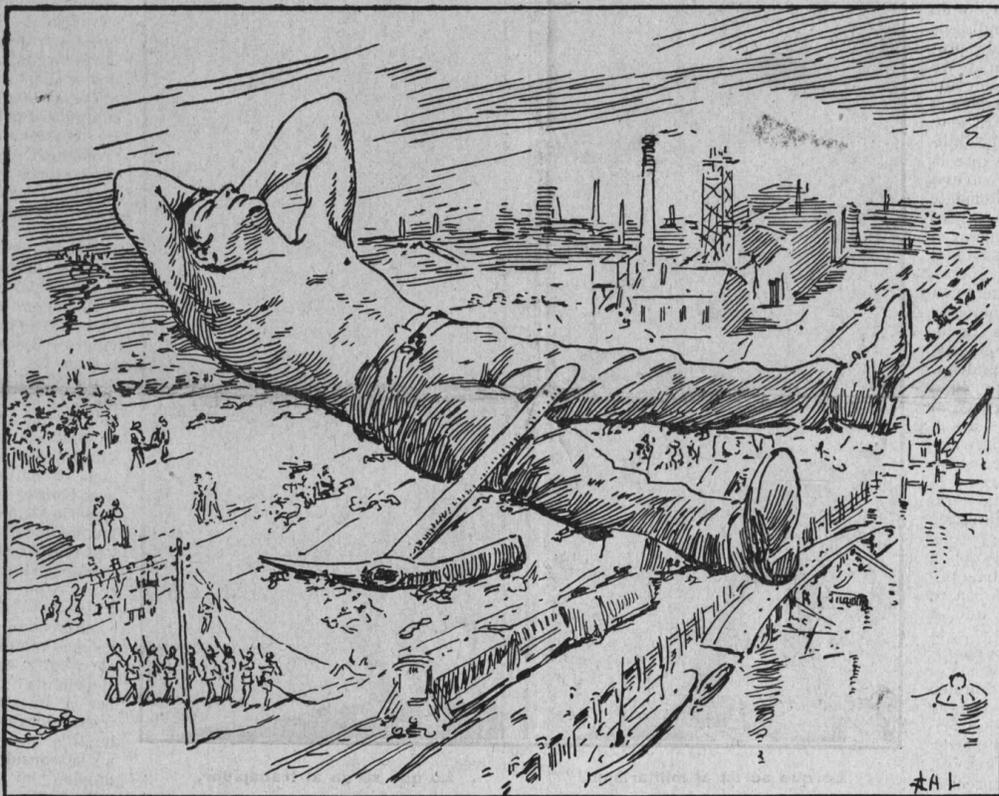
Sobre Tetuán se marcha después de establecer un lapso, con pretensos honores de paz, por la parte de Melilla, donde en el último ajuste de cuentas, que ha durado un año, no han salido muy cabales para España.

Yo fui el primero en dar la noticia, hace veinte meses, de que las tropas ceutíes estaban prestas para caer sobre Tetuán: tan prestas como lo están hoy. La huelga de Bilbao lo impidió entonces, y la divulgación de la noticia después. El inverecundo Sr. Canalejas negó el golpe de mano que se preparaba, y con indignado gesto histriónico, mejor que pontifical, fulminó el anatema de antipatriotas contra los que se complacían en inventar patrañas. La sucesiva toma de posiciones, con protesta y alarma de la opinión, hizo más patentes los secretos designios de caer sobre la ciudad morisca; pero el inverecundo Sr. Canalejas siguió negando, y las armas, puestas deliberadamente en su lugar descanso por Melilla, volvieron á hacer salvas por si ahora eran más propicias que en 1909. Como hace tres años, el anhelado éxito se declaró en deserción; el país ha vuelto á mostrarse refractario á aventuras, y nuevamente se torna á engañarle pensando en el efecto de Tetuán...

Gasset, reproduciendo frases de Prim, estampa éstas: «Y Tetuán, ¿qué vale, qué significa en su presente y en su porvenir? Nada más que un villorrio, sucio ó indecente ahora, y después, y luego.»

Perdonen Gasset y los manes de Prim: así no se ilustra al pueblo sobre sus intereses, y á los partidarios de aventuras sería muy fácil demostrar lo contrario. Tetuán no es más ni menos sucio que cualquier gran población de España, y jamás nuestro léxico tuvo por villorrio á una ciudad de 30.000 habitantes.

En que no es un villorrio ni carece de importancia radica el peligro de la operación que para mayo se proyecta. Tetuán caerá sin disparar un tiro, y su población numerosa, y los recuerdos que encierra, y las industrias moriscas que apoya, y su vega feracísima, serán



El descanso del gigante.

nismo existente entre unos y otros intereses?

Es cierto que la organización obrera se propone mejorar las condiciones materiales y morales de los trabajadores; pero su principal finalidad es constituirse en fuerza capaz de luchar con la del Estado, al servicio de los adinerados, y aun de vencerla.

Disculpable era que ayer, cuando aparecía algo encubierto el antagonismo de intereses, se negara la existencia de la lucha de clases; pero hoy, cuando la huelga se emplea en todos los países; cuando la huelga general de carácter político y de carácter económico se extiende á todas las naciones; cuando el lock-out (el despido de fábricas, talleres, minas y demás lugares de trabajo) lo usan con frecuencia los patronos; cuando éstos, para quebrantar el poder de los obreros conscientes, recurren á la organización de amarillos, negar verdad tan evidente como la lucha de clases, es no ya el colmo de la obcecación, sino el colmo del cinismo.

Y si algunos la niegan creyendo apartar así de su verdadero campo á los obreros, más que viveza acreditan imbecilidad, porque son tales hoy las manifestaciones de esa lucha, que no hay modo de lograr que pase inadvertido para los trabajadores y que no ocupen en ella el puesto que les corresponde. — Pablo Iglesias.

El ilustre sociólogo D. José Canalejas—el engraido discípulo de Maquiavelo—, queriendo dar pruebas de su radicalismo persiguió y persigue á los trabajadores para contentar á sus amos los capitalistas.

El esplendor de la fiesta de hoy no puede dejar de satisfacerle, Es en lo único que se parece á Bismarck.

modo pierde la nación, no ya de presente sino para lo porvenir, es invaluable.

Ya Marx, al señalar el origen de las guerras modernas—tan diverso de las antiguas—en la política de la burguesía, en su lucha por la extensión del mercado, nos da á entender cómo á la venta de los productos en el exterior se sigue la reducción del consumo del trabajador; por donde al aumento plutocrático de la burguesía acompaña la opresión mayor del proletariado.

Ya sesudos historiadores consignaron cómo, en más de una ocasión, han servido las guerras de señuelo para apartar la vista del pueblo de la conducta torpe ó inmoral de sus hombres de Gobierno, para afirmar troncos vacilantes ó para producir una paralización y aun retrogradación en la marcha política del país.

Ya sociólogos eminentes—aun no socialistas—pusieron de manifiesto los múltiples enlaces que la guerra sostiene con los diversos órganos y funciones de la vida nacional. Así, el absolutismo político se une perfectamente al espíritu guerrero, y la democracia, en cambio, se hermana con la paz; el deseo de no querer depender del extranjero—propio de los pueblos militantes—conduce á la pretensión de cerrar la frontera con las aduanas, es decir, á una política comercial proteccionista, á conservar las formas atrasadas de producción—la familiar frente á la del taller—y conceder predominio á la agricultura respecto de la industria. La Hacienda nacional, asimismo, siente el contragolpe de las guerras; por eso en casos tales, se contraen empréstitos para allegar recursos para la lucha, pero no en vista de fomentar los bienes públicos, y aun en la tributación se entroniza más ó menos el privilegio en favor de quienes combaten.

El imperio de la autoridad personal su-

tido y se valoran muy distintamente.

Hasta el patriotismo se transforma según las circunstancias. Cuando los pueblos luchan con las armas, lo único patriótico, ó lo más patriótico, es dar su vida frente al enemigo; y quien entrega la suya por salvar la de muchos, no obtiene tan alto galardón. En guerra Napoleón y Bismarck valen mucho más que Pasteur, Lister y Koch.

Por estas razones, y muchas más que podrían aducirse, nosotros los socialistas, y más en este día de santa consagración para nosotros, levantamos en alto la bandera de la paz, que en otro tiempo enarbolaron los cristianos y que muy luego, desertando del deber, han dejado caer de sus manos. — José Verdes Montenegro.

## Ca...melo Canalejas.

Allá se van en valor, especialmente moral, todos nuestros gobernantes, y aun, de ordinario, todos nuestros políticos. De los llamados partidos turnantes, dudo yo que sea posible sacar ni siquiera una pareja de «hombres buenos» ¡Así nos luce el pelo á los españoles!

Pero si me pusieran en el compromiso forzoso de tener que elegir, en conjunto por lo menos, entre conservadores y liberales, caería sin vacilación alguna del lado de los primeros.

Todo lo peor que se ha hecho en España desde el Gobierno, á partir de treinta años atrás, es debido á los titulados «liberales». Gente de más malas condiciones para la administración pública creo que no se encontraría ni en los presidios, por más que celosamente se buscara. Siquiera los conservadores, por miedo sobre todo á que les zarandeen motejándolos de reaccionarios, no se atreven á pasar de

otras seducciones que los piratas imperia- listas exagerarán para deslumbrar al pue- blo y demostrarle con el ejemplo inenun- ciable de Tetuán que la conquista es tan ase- quible que, como dijo uno de ellos, «basta alargar la mano» para granjear el premio.

Pronto la novelaría de los periódicos y revistas mostrará la nueva plaza espa- ñola deslumbrante de blancura. Lo que con tiempo se debía mostrar, para que el pueblo no caiga en la tentación, es el pé- treo cinturón que la rodea y oprime: las formidables montañas escarpadas que, dominando victoriosamente á Tetuán y su vega, serán baluarte de difícilísimo ac- ceso y segura guarida de la muerte...

Tetuán es el codiciado cebo que atrae al militarismo para cebar á su vez á la recelosa España, y que le siga sumisa y engañada á la brutal aventura. ¡Alerta, pueblo, que el momento es crítico! ¡Es el más crítico desde que empezó este san- griento y ruinoso timo del patriotismo! Si en Tetuán entras, ya no encontrarás salida. La única que permiten aquellos gi- gantescos montes, más ásperos que los muros de Ilión, está por la parte del río Martín, y esa la cerrará el honor, que no te permitirá huir tras la derrota.

Prepárate, pues, á incalculables esquil- mos, que darán fin á tu lánguida bolsa. Apronta millones, arma cien mil soldados: porque si vas á Tetuán, ya no podrás volver... — M. Giges Aparicio.

### A modo de explicación.

Para todos.

Me parece naturalísimo que al llegar esta época la Prensa obrera solicite de nosotros algún trabajito de colaboración para el número del 1.º de mayo.

Desgraciadamente, las fuerzas socialis- tas son todavía muy escasas y tienen que diseminarse para sostener la lucha con sus adversarios, lo mismo desde las esfe- ras políticas de la Administración públi- ca que desde los organismos del proleta- riado militante.

A otros y á mí nos han enviado á ope- rar en una zona que muchos creen de importancia (yo no le concedo tanta), el Ayuntamiento de Madrid, y allí estamos revolviendo expedientes, haciendo den- uncias, enjuiciando pillos, impulsando ó combatiendo proyectos... Ingrata labor que asquea y deprime, y además casi ex- cluye toda otra.

Soldado disciplinado, por mi parte cumplo fielmente la consigna y me man- tengo firme en mi puesto de combate, en medio de una balumba de decretos, dis- posiciones, informes, dictámenes, obras, licencias, subastas, concursos, personal, destinos, reclamaciones, acuerdos... que no tiene fin, como decimos los cultiva- dores de la vulgaridad, y nunca mejor dicho.

Cuando me relevan de ese servicio po- dré hablar del 1.º de mayo y quizá de otras cosas tan interesantes para nos- otros; ahora casi he llegado á creer, como el infusorio, que no hay más mundo que el vaso de agua municipal, y á pesar de ser tan chico no me permite ocuparme en otros asuntos. — A. García Quejido.

### Palabras de Cristo.

Entre las muchas tonterías que dicen que dijo, ó se le atribuyen, á aquella víc- tima de la intransigencia de su tiempo, hay algo indudablemente que debemos recoger para norma de nuestros actos y nuestra vida, porque encarna de lleno en los principios de moral universal.

Suya dicen que es esta frase: *El que no está conmigo, está contra mí*, y antojáse- me que debiera ser lema de todos los par- tidos políticos, y especialmente del nues- tro, porque ello daría como resultado in- mediato el que se acabase de una vez para siempre con las situaciones dudosas y el que la lucha fuera más franca, más intensa y los resultados de ella más in- mediatos.

Todo socialista, desde el mismo instante en que hace su ingreso en una Agrupa- ción, debe, á juicio mío, considerar polí- ticamente como enemigos á todos los demás hombres, estén ó no afiliados á otros partidos: 1.º, porque si militan en otras filas es en razón de que admiten otros principios distintos á los nuestros; admi- ten como verdad lo que nosotros comba- timos como falso, y lo verdadero y lo fal- so no pueden ser jamás sino enemigos; 2.º, porque si no militan en ningún parti- do, declarándose de hecho incapaces de definir, sustentar y defender un ideal, son un verdadero obstáculo para el progre- so de las ideas, y, por lo tanto, para el bienestar de la humanidad. La acción y la inacción serán siempre antitéticas; la ciencia y la ignorancia serán siempre enemigas, y ambas deberán vivir en lu- cha constante.

Así, cuando yo oigo decir á algún tra- bajador y suelen decirlo hasta con cierto orgullo: *Yo no soy político, yo no pertenezco á ningún partido*, le juzgo desde ese instante tan grande ó mayor enemigo mío que el más refinado conservador. ¿Enemigo en el sentido de andar á golpes con él y profesarle un odio personal de los llamados africanos? No; enemigo, porque debo entrar inmediatamente en lucha con él para matar su ignorancia ó que él des- truya la mía; enemigo, porque su inac- ción me perjudica y nos perjudica á todos, y nadie pacientemente sufre un perjuicio

que puede evitar; y aun cuando para su persona guarde todos los respetos que en derecho merece, le debo combatir sin tregua ni descanso, sin cuartel, considerán- dolo siempre frente á mí, hasta que consiga atraerlo á mi lado.

Es posible que yo viva en un error afir- mando sin atenuaciones que *el que no es socialista es antisocialista*; y á quien pueda hacerlo le pido que me disuada de este error; pero entretanto lo que no admiti- mos la necesidad de que *cada uno puede pensar como quiera, y todos tan amigos*, seguiremos diciendo: El que no está con nosotros está contra nosotros. — E. de Francisco.

Tolosa, abril 1912.

### La huelga Inglesa.

Así como la guerra de la independen- cia americana del siglo xviii fué, en sen- tir de nuestro inolvidable maestro Car- los Marx, quien dió la primera campana de alarma á la clase media de Europa, la magnífica epopeya desarrollada en el gran emporio de la burguesía europea será el toque de atención que el proleta- riado dará al capitalismo, anunciándole que pronto ha de estallar con el vigor de las grandes convulsiones el antagonismo que divide á la sociedad de nuestros días.

La inminente gran batalla se aveci- na, tras de innumerables escaramuzas.

Este admira- ble movimiento del proletariado ha puesto dos cosas de relieve: El enlace econó- mico que existe entre las regio- nes más aparta- das del globo, efecto de la soli- daridad de inte- reses que se crean al calor de los asombrosos medios de pro- ducción y de cambio que consti- tuye la esencia de nuestra épo- ca, y la posibili- dad de que la clase obrera conscientemente organizada pueda conquistar el logro de sus idea- les, apoyándose precisamente en la correlación de intereses crea- dos por el siste- ma capitalista. Un golpe dado certeramente al monstruo basta- rá para destruirlo, sin necesidad de recurrir á la huelga general como fantástico remedio; porque la paralización del trabajo no sólo afecta al país en que se produce y á la industria contra que se dirige, sino que también puede causar una intensa cris- is en el merca- do universal. Ese es precisa- mente el tino que debe tener la clase obrera organi- zada.

Y ved qué paradoja: la burguesía, que nació al soplo del más acentuado indi- vidualismo, lleva en sus entrañas el ger- men colectivista, que pone al descubierto tan pronto como ocurre cualquier crisis. Una quiebra, como la célebre de los Bancos americanos, demostró que la soli- daridad económica pudo más que la ideal libertad de comercio, bandera de la burguesía. El mercado domina al hom- bre; el medio de producción domina al productor y reduce su voluntad á la nada. Bien dijo Marx: que una mesa es una cosa sencillísima; pero desde el momento en que se pone de cara ante otras mer- cancias deja de ser un objeto trivial y re- sulta una cosa envidiable, llena de sutilezas metafísicas.

Sigamos nuestro análisis. El Gobierno, que es el representante político de la bur- guesía, en presencia de los conflictos que el trabajo ofrece á la clase capitalista, tiene que dar la razón á los oprimidos, precisamente para salvar á la burguesía del trastorno económico que necesaria- mente ha de convertirse en político. Los privilegiados transigen á medida que se dan cuenta del poderío de la clase obrera, y precisamente transigen porque se consideran débiles y ven su muerte de no ceder á las reivindicaciones de los deshe- redados.

De un lado, el Gobierno tiene que mirar por su prestigio, y su prestigio estri- ba en servir á la clase de quien es man- datario; de otro, tiene que evitar la ruina nacional representada por el capital, y por eso tiene que ceder á la presión de los de abajo, que á su vez continúan con nuevas reivindicaciones... Hasta llegar al final, en cuyo caso, la transacción será en- tregarles el poder político después de una lucha tenaz y más ó menos violenta según la resistencia que se oponga. ¡Qué visión tan grande la del mañana!

Y esto que nos enseña Inglaterra, hon- rosa excepción en el mundo capitalista,

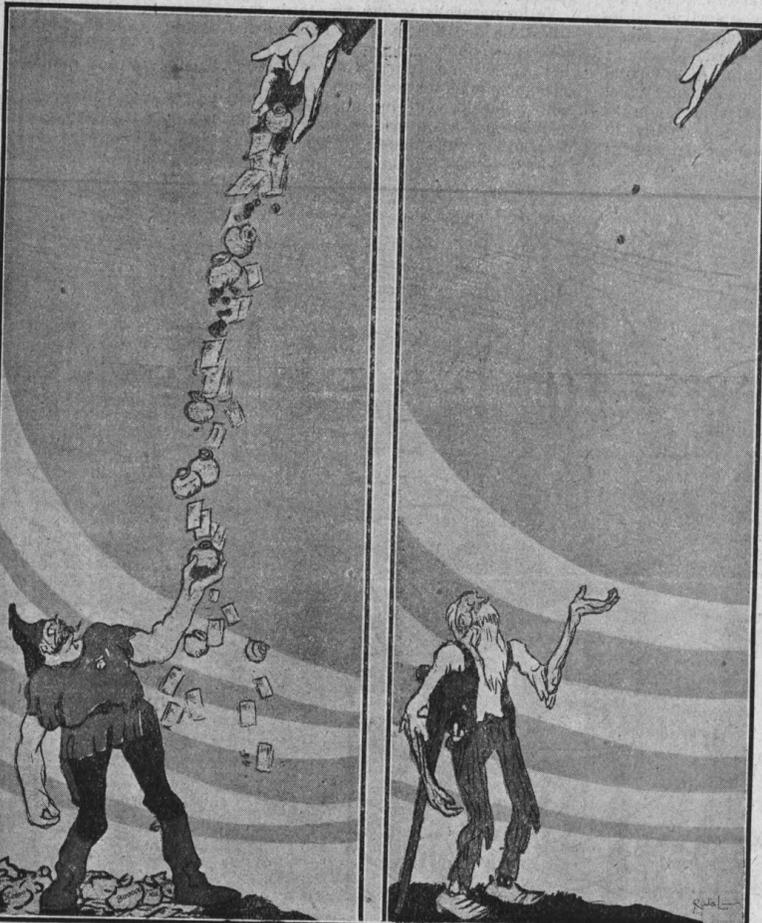
ocurre en todos los países, incluso en el nuestro, siempre que la clase obrera ha sido conscientemente dirigida. La jornada legal en los trabajos mineros fué consecuencia de la huelga de Bilbao, llama- da ¡oh Fabio! política por unos cuantos mamarrachos.

Esto es lo que debe tener en cuenta el proletariado y lo que debe pensar en todo momento. Que la lucha por la jornada mínima de trabajo y por obtener mayor retribución mira más lejos, al mañana, al hermoso porvenir de su redención de las cadenas del salario, y en presencia de tan admirable perspectiva, continuar unidos á sus hermanos de desgracia, sin re- parar ante los sacrificios ni dar oídos á los que, indiferentes ante el espectáculo de los sistemas agotadores puestos en prácti- ca por la burguesía, se acuerdan sólo de los infelices obreros cuando ven que éstos se rebelan. Entonces el sentimentalismo de ocasión se desborda, y los clamores llegan al quinto cielo, pretendiendo con- vencer á los oprimidos de que son vícti- mas de unos cuantos agitadores que los explotan.

Cuando escuchéis tales desatinos pen- sad que si toda lucha trae sacrificios, que si el dolor es inherente á la pelea, también tras ella se alcanza la victoria, como tras los dolores del parto viene el sublime triunfo de la vida. — B. Luna.

Trabajadores: Dedicad hoy un recuer- do á nuestros compañeros presos injus- tamente.

### EL DINERO DEL PUEBLO



Lo que se da al militarismo.

Lo que se da al trabajador.

### El infierno capitalista.

La clase poseyente, para mantener sus privilegios, necesita rodearse de elemen- tos de la defendan y que garanticen su existencia.

De ahí que todas las instituciones de la moderna sociedad capitalista, todos los organismos oficiales—el Consejo de Mi- nistros y el Parlamento á la cabeza de ellos—sean hechura de la clase á que sir- ven, y que las tres instituciones más po- derosas: ejército, magistratura y clero, no sean más que simples válvulas de se- guridad con que la burguesía modera las expansiones de rebeldía del proletariado.

El clero modera la rebeldía de los ex- plotados ofreciéndoles una vida de ultra- tumba en donde ha de hallarse una com- pensación á los sufrimientos de la vida terrena. Todos conocemos la magia de aquella máxima tan sabia: «los últimos serán los primeros».

Por su parte, la magistratura tiene á su cargo la moderación de la rebeldía de aquellos espíritus fuertes en quienes los buenos oficios del clero no han podido hacer mella. Aquí ya no se trata de dar consejos ni de hacer promesas, sino de amenazar é imponer castigos.

Y si la rebeldía de los proletarios no ha podido moderarse ni con las promesas del clero, ni con la actuación de los jue- ces, entonces... entonces intervienen los fusiles de las instituciones armadas y «restablecen el orden».

La sociedad capitalista, por lo que á los trabajadores se refiere, es como el Infierno del Dante. Tiene escrito en su frontispicio el desolador «abandonad toda esperanza», y el que no quiere someterse á las buenas, tiene que hacerlo á las malas.

Sólo el Socialismo puede librar á los obreros de las penas del infierno capita- lista y establecer un régimen que ase- gure la paz y la libertad para todos los humanos. — A. Fabra Ribas.

### LAS AGUAS DEL NILO

### ¿Qué hacer con los ricos?

El mundo marcha. Cada día mejor dis- puesta la máquina, la organización proleta- ria, de elemento que actuaba hasta hoy por la fuerza de la inercia, ha pasado á convertirse en factor consciente con clara orientación de su poder y finalidad; es decir, que de causa impulsada que era, la clase trabajadora funciona ya como fuer- za impulsora del organismo social. Hasta ahora se discutía por algunos la esencia, *el porqué*, de las reivindicaciones que for- man la naturaleza de la organización obrera; hoy, entre sus enemigos, las per- sonas que disciernen la aceptan como principio y, batiéndose en retirada, se li- mitan á defenderse discutiendo *el cuánto*. De un problema de *cuántidad* ha pasado á ser una cuestión de *cantidad*. Podemos, pues, los trabajadores organizados mos- trarnos satisfechos de haber vencido en lo moral, que es el punto más importante, y esta victoria debe servirnos de acicate para llegar á triunfar cuanto antes en lo material.

El moderno Derecho iniciado en los paí- ses cultos está de nuestra parte. Sin nece- sidad de catalogar aquí ventajas y victo- rias alcanzadas en los últimos tiempos— las cuales están en la memoria de todos—, la síntesis queda hecha con el señala- miento de dos hechos: las elecciones legisla- tivas de Alemania y las huelgas de obreros del transporte y de las minas de In- glaterra. Estos dos pueblos, que ocupan la cun- bre de la civili- zación moderna, dan el clamoroso aviso de lo que los trabaja- dores organiza- dos se disponen á conquistar, tanto en lo político como en lo económico, los dos sostenes im- prescindibles en que descansan los anhelos y as- piraciones de los explotados de todos los países.

El número de socialistas en- viados al Reichs- tag en las últi- mas elecciones lanza la afir- mación de que muy en breve se mo- dificará esencial- mente la natura- leza política del Imperio alemán. La conducta de los obreros orga- nizados en In- glaterra—que han producido el asombro aun en los más relapsos en negar conciencia del deber á la clase trabajadora—da lugar á que ya no se considere utópico, ni si- quiera por ele- mentos conserva- dores, la nacionalización de determinados servicios que constitu- yen un peligro en manos de Empresas particulares.

Y los Gobiernos avisados en este orden de cosas se disponen, no á dar satisfac- ción á las reclamaciones obreras, pero sí á no pretender ahogar esa gran fuerza expansiva, y abren las válvulas con cer- tas reformas para evitar la explosión, que sería de tremendos resultados catastró- ficos. Y esos mismos Gobiernos burgueses, sobre todo sus individuos que ven claro, saben perfectamente que su modo de ac- tuar no es resolver el problema, sino retardarlo, y al efecto se dedican á plan- tear problemas que, si bien para los so- cialistas no existen ya, los políticos de la burguesía ó no los vieron antes ó no pen- saron en ellos.

Hace poco, Lloyd George—ese hombre admirable entre los políticos burgueses—, en uno de sus escasos ratos de ocio, pro- nunció una conferencia cuyo enunciado podríamos presentar con estas palabras: *¿Qué hacer con los ricos?* El eminente político inglés ve en estos parásitos de la sociedad «un padecimien- to orgánico cuya curación es preciso plan- tear en su conjunto para no andarse con pequeños paliativos; la acumulación de riquezas es, más que un sufrimiento de carácter económico, una enfermedad moral». Y se valía de la siguiente imagen: «Esas riquezas son como las aguas del Nilo, que se evaporan, se filtran y se pierden en algunos pantanos del Sudán; canalizadas, servirían para regar más tierras; abandonadas á sí mismas, sólo producen focos de pestilencia».

Singular resulta el teorema, máxime teniendo en cuenta que quien lo plantea es un servidor de los intereses de la bur- guesía. Apurémonos y demostremos con- taminación á la pregunta. ¿Qué haremos con los ricos? La eliminación se impone; es pre- ciso limpiarse de parásitos. Todas las cé-

lulas deben estar en productiva actividad si queremos que el organismo social tenga un estado de perfecto desarrollo y salud. Los cronistas de la antigüedad han re- cogido la frase de Herodoto de que «el Egipto es un regalo del Nilo», y partien- do de este principio, los egipcios consa- graron y divinizaron de tal manera el cé- lebre río, que en su honor erigieron y adoraron al Buey Apis. También el dios Capital, el culto al becerro de oro, tiene numerosos partidarios, pues ven en él un don del cielo.

Así como en las tierras ribereñas del Nilo no hay necesidad de labranza ni de otro esfuerzo que el sencillísimo de arro- jar las sementeras para recoger excelente y abundante producción, pues el limo ne- gruzco que deja el río en sus inundacio- nes es superior á todos los abonos conoci- dos; del mismo modo los capitalistas no necesitan trabajar ni hacer esfuerzo algu- no para apoderarse de las cosechas del dinero y dedicarse á la crápula, al vicio, al lujo y á la dilapidación.

Pero tengáse presente que si un tiempo los egipcios consideraron, no ya sacrile- gio castigado con pena de muerte el ar- rojar un cadáver al Nilo, sino que merecía igual sanción el *impuro* (extranjero) que se acercaba á sus orillas, siglos después bajaban y subían en armas por el curso del río los etíopes, los libios y los asirios, sin que ocurriera nada de particular; también los potentados, por el solo hecho de acumular riquezas, han sido conside- rados como intangibles, como algo supe- rior á lo que no podía nadie osar discul- tir, hasta que los tiempos modernos cam- bían la naturaleza de las cosas y hacen exclamar al propio Lloyd George: *¿qué hacer con los ricos?*

Y ello es sencillamente que del mismo modo que desde hace unos seis mil años se están encauzando las aguas del Nilo para evitar los desastrosos efectos del *kamsin*, de la sequía, de la inundación y de los miasmas pestilentes, que producen la muerte, hasta convertirlo en hermosa ruzafa para provecho de la Humanidad y encanto de la vida; así el Capitalismo es foco de egoísta corrupción de los seres humanos, causante de la filtración y eva- poración de los productos del trabajo, cuyas aguas debieran fertilizar la industria y el comercio, en vez de filtrarse en los pantanos del lujo y de la ostentación es- téril. Pero ya se está viendo la conveni- encia de canalizar las fuerzas naturales y aprovecharlas debidamente desde su manantial.

El mundo marcha. Señales de los tiem- pos son estas que nos dan la esperanza de que no está lejos el reinado de la Justicia. El resultado ya lo tienen previsto cuantos se ocupan de mirar al porvenir; lo que falta es el acuerdo en cuanto al momento oportuno. Donde la solución del problema económico se quiera ahogar, la caldera reventará estrepitosamente, brutalmente.

Y mientras los liberales de la burguesía comienzan á preguntarse qué harán con los ricos, nosotros tenemos ese punto bien resuelto; para los socialistas no hay ya cuestión. — Francisco Núñez Tomás.

### A pesar de todo.

¿Que si entre nosotros, en las orgánicas milicias socialistas, culebrean todas esas pasiones que dividen á los humanos todos: envidias, celos, rencores, egoísmos, am- biciones, vanidades, nequicias refinadas, farsas de la hipocresía... etc., etc., hasta una porción de veces? Perogrullesca es la verdad de puro rezumar en el ambiente de la sociedad y de la Naturaleza entera.

En la misma artesa que los demás hom- bres están amasados y sazonados nues- tros cuerpos y nuestras almas; el mismo impulso inicial nos ha dado la vida; igual herencia han recogido los depósitos mo- rales y cordiales de nuestra conciencia y de nuestro corazón. En lo fundamental todos somos unos. Las diferencias y des- igualdad humanas no otra cosa son que matices, meras accidentalidades, que los ambientes y el destino predeterminan, moldean y concretan; y esto en lo físico, y en lo espiritual, y en lo moral; como en lo social y en lo político y en todo...

Los socialistas convertidos en excep- ción de esto sería tanto como suponer quebrantada la científica cadena, como roto el nexo que la Ciencia y la Filosofía modernas han establecido y aun llevado á confines, no étnicos y psicológicos, sino, trasapando la Antropología, adelantán- dose campo de la Zoología adentrando...

Es otra la excepción, son otras las dife- rencias; es verdad que existe una solu- ción de continuidad entre los demás hom- bres y nosotros, entre los demás partidos y los nuestros. *A pesar de todo*, son de tal naturaleza nuestras ideas, son tan inex- orables é imperiosas las necesidades de nuestras luchas y las exigencias de nues- tros intereses, que militante alguno de ideales políticos y hasta religiosos ofrece nunca el espectáculo de rigorosa disci- plina y de pleno sacrificio de las rivalida- des personales que los adscritos del Socia- lismo organizado presentan constante- mente.

Lo sé por experiencia dolorosa y triste. Odios que jamás se hubieran borrado, re- laciones cuyo nudo parecía definitiva- mente despedazado y roto, huellas hon- das que estriado habían el alma y el co- razón, apagados están; restablecidas fue- ron, suavizadas quedaron las bruscas aristas, permitiendo que por la superficie vaya deslizándose el bálsamo del olvido... y hasta que los viejos cariños y amistades retoñen y crezcan de nuevo para bien de las ideas y de las nobles causas de amor y redención por que los hombres luchan. — Teodoro Menéndez.

Oviedo, 1912.

## La fuerza del proletariado.

Tarea larga y difícil ha sido la de dar una conciencia y una orientación clara y definitiva al proletariado mundial.

Fue larga, porque la formación del mismo como clase no pudo ser un hecho hasta que las nuevas formas de producción pusieron en evidencia cuán opuestos y antagónicos eran los intereses de la burguesía y de la clase obrera, y fue difícil porque, aun después de ser ya un hecho su formación, no supo orientarse debidamente ni seguir el derrotero que más convenía á sus intereses.

Fue preciso que transcurrieran algunos lustros, que fracasasen todos los sistemas preconizados por la burguesía para hacer la felicidad del pueblo, y que la lucha de clases, negada persistentemente por los defensores á sueldo de la burguesía, se manifestase en toda su desnudez en el taller, en la fábrica, en la política, en la aplicación de la justicia, en la tan decantada igualdad ante las leyes, en todas partes, en una palabra, para que la masa obrera empezase á reconocer el verdadero papel que desempeña en el mundo, la incomparable fuerza que atesora y la misión histórica que está llamada á realizar en la sociedad del porvenir.

Y á partir de este momento, apenas llegó á darse cuenta de su actuación de hoy y de su misión del mañana, empezó á acumular fuerzas positivas, que fueron aumentando constantemente, á medida que era más manifiesta la bancarrota de todos los sistemas políticos y económicos puestos en vigor por los elementos directores de la sociedad.

Y mientras todos estos sistemas fracasan cada día más ostensiblemente, hasta el punto de no inspirar confianza á nadie, pues cada vez resultan más impotentes para solucionar los arduos problemas de la presente época, van surgiendo nuevos conceptos del derecho, de la propiedad, de la justicia y del Estado, dibujándose todo un sistema social más en armonía con las necesidades de hoy y con las exigencias del mañana.

Esta inmensa concepción del nuevo sistema constituye una demostración de la fuerza y de la vitalidad del proletariado, de la que son evidentes muestras, en su triple aspecto, su acción política en el terreno de la lucha de clases, sus luchas en el campo económico ó sindicalista y su cada día más potente organización cooperativista.

Hacer que esta fuerza sea mayor cada día, hasta superar á la que pone en movimiento el capitalismo en la defensa de sus intereses, es deber de todos los asalariados.—José Comaposada.

Barcelona, abril de 1912.

## Los conejos de la fábula.

Los doctores de la santa iglesia burguesa están asustados.

Ellos, que profetizaron á los parásitos del trabajo ajeno las dulzuras de la posesión eterna de sus privilegios, ven con espanto que sus profecías están fracasando ridículamente por culpa de los parias, de los flotas, de la turba inominada que parecía haber sido creada por el dios Capital con el exclusivo objeto de producir riqueza para los señores.

¿Cómo es eso? ¿Los últimos monos de la escala social colocándose en primera fila y queriendo ser también privilegiados? Imposible, absurdo.

Si los sapientísimos doctores no rompen sus vestiduras, poseídos de santa indignación, enfráscanse en profundas discusiones acerca de la naturaleza de las causas que hayan podido obrar el milagro de convertir á los corderos en leones.

Y como los conejos de la fábula, ahí los tenéis en Academias y Ateneos disputando sobre si son galgos ó si son podencos y asombrando á los señores con su copiosa erudición.

En esta disputa, llegarán los aludidos y no dejarán titeres con cabeza.

Exceptuando á los sabihondos doctores, que para entonces ya la habrán perdido.—A. Atienza.

## Sindicalistas.

¿Es propia esta acepción para los trabajadores que luchan por emanciparse de la tiranía capitalista y establecer la igualdad económica?

¿Puede concretarse y reducirse al sindicalismo toda la acción obrera?

He ahí dos preguntas á que da oportunidad cierta tendencia de las huestes proletarias en su continuo batallar contra la casta explotadora.

Hay, sin duda, elementos obreros, enemigos declarados de la acción política, que habiendo fracasado en sus antiguas denominaciones de ácratas, libertarios, etcétera, encuentran muy apropiada hoy á su acción la palabra sindicalista, olvidando haber sido los primeros en combatir todo organismo reglado, en que es precisa la representación y en que sus acuerdos han de ser adoptados por el voto de las mayorías, como ocurre en toda Sociedad, en lo que es sindicalismo; pero el carácter puramente económico que éste ha de tener, rehuendo actuar en la política, y más principalmente en la política parlamentaria, encaja perfectamente en la parte negativa de los ácratas.

Aparte de éstos, existen no pocos obreros, forzados á contribuir á la organización proletaria por las necesidades materiales de la vida, quienes nublada aún su

inteligencia con prejuicios arcaicos ó secudidos por la superchería de aventureros políticos, dan sólo su fuerza al sindicalismo.

Y además hay quienes, convencidos de que la acción política debe simultanearse con la sindical, dan á ésta mayor importancia que la que en sí tiene y llegan á posponer la primera en aras de la segunda.

El sindicalismo es necesario, preciso, imprescindible. Con él la clase trabajadora logrará acortar la jornada, elevará los salarios, recabará un mayor respeto por parte de los patronos; pero su obra quedará incompleta si no se arriesga á perder su carácter económico y si no se aventura por el camino revolucionario para la conquista de su total emancipación.

Aun las pequeñas mejoras que alcance el sindicalismo, estarán expuestas á la eventualidad si no las confirma la acción política: una ley fijando el máximo de la jornada; otra ley señalando el mínimo de los salarios.

La realidad está evidenciando que los obreros, no sólo han de actuar en el terreno económico para defender sus propios intereses, sino que han de usar, en provecho de esos mismos intereses, todos los derechos constitucionales, más principalmente los que se relacionan con la representación parlamentaria y con los cargos electivos.

Si, pues, la acción política alcanza relieve tal que sin ella las ventajas del sindicalismo quedarían reducidas á insignificancias que no llenarían la ansiada aspiración de los proletarios, no hay razón para que subsista un prejuicio más entre la clase explotada, admitiendo como buena una denominación que no expresa los anhelos que por redimirse siente el cuarto estado.

Pase que se titule sociario á secas quien no haya rasgado las negruras que oscurecen su cerebro, viéndose privado de la esplendorosa luz que delata como cínicos explotadores á quienes considera como leales amigos políticos.

Pase también que los ácratas se cobijen bajo el manto protector del sindicalismo, porque los que son honrados y conscientes contribuirán en el momento decisivo á la cruenta transición del régimen de tiranía al de la igualdad económica.

Lo que no es admisible es que quienes reconocen la bondad de una acción política de clase adopten como expresión de sus ideas la denominación escueta de sindicalista, que á lo sumo no concreta más que una parte de la aspiración por que alientan los explotados de toda la Tierra.

Hay una acepción única que sintetiza todas las acciones; ella sola revela al luchador indomable en la esfera económica y al íntegro é incorruptible político: **SINDICALISTA.**—F. Sanchez.

Quien sea socialista y no esté afiliado al Partido, no cumple como bueno. Cada socialista debe ayudar al Partido con su inteligencia, con su actividad y con sus recursos.

## ¿Y LOS NIÑOS?

Todos los años, cuando tras la roja enseña vamos en manifestación, me hago las mismas preguntas:—Estos compañeros míos, esclavos de un régimen social injusto, ¿no tienen hijos? Y si los tienen, ¿dónde los dejaron? ¿Dónde están? ¿Por qué no van aquí, á nuestro lado, no formados militarmente, que eso sería ridículo y cruel, sino en marcha desordenada, sueltos, libres, locos, como sólo ellos saben ser locos?

Encuentro pronto respuesta:—Los niños no van aquí porque ni moral ni materialmente son libres. Cerrados quedan en una escuela tristonja y sucia, con aspecto de cuadra ó de calabozo. Allí están los niños, horas y horas, sujeto el cuerpo y supeditada el alma; allí están, bajo la tutela de un pobre dómíne, que si no observa fielmente la frase sabia de Salomón «dóblale la cerviz y golpéale las costillas, porque si le golpeares con vara no morirá», en cambio rinde culto y casi practi-

ca, en toda su extensión, los procedimientos de enseñanza que hoy, como hace veinte siglos, siguen ciertos pueblos semiindependientes de la India.

Y así, mientras nosotros el 1.º de mayo celebramos la gran fiesta de la redención humana, nuestros hijos permanecen esclavos, y su espíritu, que debiera ser recipiente de ideas sanas y rebeldes, se atrofia con bárbaras y absurdas leyendas, no preparándolo para un nuevo orden social de cosas que, si bien es verdad que ha de modificar á los hombres, también es cierto que necesita hombres que sepan adaptarse á él.

El día que reconozcamos todo el valor que tienen las palabras del Maestro: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», comprenderemos que uno de los factores principales para la emancipación será la educación.

Los hechos caminan aceleradamente. Una nueva verdad se nos viene encima. Es posible que nuestros hijos se vean sorprendidos cuando el Destino les llame á ser dictadores. Hay que prepararlos, aunque sin olvidarnos de nosotros mismos, por más que la Burguesía nos haya esclavizado lo suficiente para que nuestro es-

## El "Dejad hacer".

Somos los socialistas los que amamos con más ahinco que nadie la libertad; por esto á veces—los menos versados en estas cuestiones—solemos caer en el error de llamarnos *liberales*.

Puestos ya en este plano inclinado, deslizámonos, sin darnos cuenta de ello, llegando á sostener como principio la individualista y estereotipada frase de la escuela liberal: «Dejad hacer», en abierta oposición con nuestro modo de pensar y obrar.

Con frecuencia, y de muy buena fe, decimos: como buen socialista, como verdadero amante de la libertad, dejo que quienes me rodean hagan lo que mejor les plazca.

¡No, compañeros! Eso es la teoría del liberalismo, del anarquismo: los liberales y anarquistas son individualistas; los socialistas como antidualistas.

En nuestras Sociedades de resistencia, permitimos que cada cual haga cuanto le venga en gana? No; obligamos al individuo á que cumpla los acuerdos de la general; pues aunque á veces parezca tí-

ránica la ley de las mayorías, no tenemos más remedio que admitirla como mal menor, mientras no se invente otra más democrática.

En nuestras Agrupaciones socialistas, ¿no pedimos cuenta y exigimos responsabilidades á los que se separan de nuestra organización?

¿Consentimos acaso de buen grado que los burgueses nos exploten, que los Gobiernos nos arrastren á una guerra fratricida? No; tratamos de imponernos para que eso no se haga.

Al obrar así seguimos las teorías socialistas, y no las liberales ó individualistas.

¡¡¡Dejad hacer!!! Dejaremos hacer mientras no se perjudique á la colectividad; pero no en los demás casos.

Tiene un valor educativo inapreciable el «Dejad hacer» en muchos casos de la vida; pero si se toma como regla fija é invariable, puede producir daños irreparables.

La mejor manera de que el niño aprenda á dibujar, es dejándole que dibuje mucho; pero vamos á consentir que se abra-

para que aprenda que el fuego quema? ¿Que caiga del balcón de un cuarto piso lo que conozca la ley de la gravedad?

Si por la calle encontramos á un ciego que inconscientemente se dirige á un tranvía, ¿no le cogemos é imponemos nuestra voluntad para que no se estrelle?

No; no podemos los socialistas dejar hacer á nuestros hijos y conciudadanos lo que ellos quieren, ni aun á título de que se lo dicte su conciencia, pues pueden bien no tenerla; ni aunque nos invoquen los santos principios de la libertad, ya que la libertad tiene un límite, y es el bienestar de la colectividad.

¿Llegamos, por ello, á los linderos de la tiranía?

No; no hay tiranía cuando se hace con los semejantes lo que uno haría consigo mismo.—Juan Ortiz.

## La tiranía de la alpargata.

Con este injusto dictado calificó hace algunos meses un periodista español, de relativo renombre, á nuestra organizada clase trabajadora, por su heroica protesta contra la inicua guerra del Rif.

El varonil y humanitario impulso condenando semejante calamidad nacional por quienes habrían de sufrir sus funestas consecuencias apreciése como grosero materialismo.

El reconocimiento al derecho de los marroquíes á ocupar lo que es suyo, evitando la injusta guerra que con ellos sostenemos, estimóse de brutal y antipatriótico por el indicado publicista.

¿Cómo andarán de ética los que motejaron así á los obreros españoles por su altruista proceder!

Se precisa una total ceguera moral, muy parecida á la observada por las clases directoras en el decadente Imperio romano, cuando llenaban los anchurosos circos para presenciar sus sangrientos es-

pectáculos, para insultar á los que condenan una guerra que no tiene más finalidad que dominar nuestra nación sobre terrenos y habitantes de otro país, no por la mutua conveniencia, que para esto siempre tienen derecho individuos y pueblos, sino por la destrucción de vidas y hogares.

¡Bien haya la tiranía de una clase que tiene por única norma de su fuerza el reconocimiento del derecho ajeno, condenando la ambiciosa rapiña, provocadora de luchas humanas, causa eficiente de la actual guerra de Melilla!

¡Obreros españoles, levantad vuestras frentes, satisfechos de la justa obra que habéis realizado, despreciando á los que no la comprenden por maldad, por egoísmo ó por ignorancia!—Casimiro Muñoz.

## Tendencia al colectivismo.

Aspiramos los socialistas á remover totalmente los cimientos del edificio social burgués y á establecer, por medio de un sistema de apropiación más justo y equitativo—el colectivismo—, la armonía de intereses. A este fin tienden todos nuestros esfuerzos.

Para nosotros, no sólo es posible, sino fácil, realizar la aspiración final del Socialismo. Tan pronto como la clase trabajadora se capacite y esté en condiciones de sustituir á la clase burguesa, el Socialismo será un hecho sin necesidad de hacer pasar la tierra y los útiles de trabajo de unos á otros propietarios, sin necesidad de hacer subsistente la lucha de intereses ni aun transformada, estableciéndola entre el individuo y el Estado ó entre éste y los grupos de individuos, según algunos suponen.

Será remota, será futura la organización social sobre la base del colectivismo; mas lo cierto, lo evidente, es que la tendencia dentro de la misma sociedad burguesa está marcada hacia ese sistema de organización á que aspiramos los socialistas.—E. Botana.

Vigo, abril 1912.

## LAS PATRIAS

A medida que las ideas nuevas se extienden y ocupan un lugar predilecto en el cerebro de los hombres que piensan, las ideas viejas se arrugan y empujeñecen, desapareciendo del pensamiento humano cuanto más evolucionan las razas en sentido progresivo.

Tal acontece con la idea de patria, «último refugio de los indignos» que dijera Seidel, con mucho acierto aplicado, según nuestro pobre discurso.

Los cuacos que en todas las épocas defendieron y cultivaron pública y teóricamente el sentimiento de patria por un espíritu eminentemente mercantil, tuvieron la habilidad de adaptarla al medio que el rodar de los tiempos reclamara.

Por esta razón vemos en la historia de los pueblos cambios de forma y no de objetivo. Cambios que modificaban el mecanismo interno y lo referente á la configuración fronteriza de las patrias. Pero nunca dejó de ser la patria un objeto explotable; entonces y ahora, antes y después de los cambios parciales ó absolutos, fueron las patrias cosas comerciables, de lo cual se aprovechaban los amos de la tierra y de los hombres en la Edad Antigua, y los mismos señores, con ligeras variantes, se aprovechan, en la Edad Moderna, del beneficio que nace del concierto establecido entre las naciones para esa finalidad.

Las patrias comerciales se sujetaron en todos los tiempos al molde que las circundaba. Moría por vejez ó incapacidad una forma, é inmediatamente aparecía otra conforme á las exigencias de las revoluciones industriales; todo, en fin, aquello que fuera un obstáculo para el deseo desmedido de riqueza de los dirigentes, tocaba su fin.

Y esta patria, que siempre sirvió de tupido velo para tapar las desvergüenzas y las hazañas regañadas con el innato buen sentir de los hombres, nunca estuvo en peligro, siempre llegó con oportunidad para satisfacer las necesidades morbosas de los victoriosos, y si alguno se atrevía á poner de relieve sus muchos defectos, vaticinando á la vez que esta patria burguesa pasaría irremisiblemente al panteón de las cosas inservibles, para que otra patria socializada, y, por tanto, humana y justa, ocupase su lugar, se le aplicaban, además de la consabida utopía, repugnantes epítetos para ridiculizarle ante la pública opinión, que por lo general ve las cosas superficialmente.

Así ha flotado en el ambiente aburguesado la idea de patria, confundida con el sentimiento de raza, hasta llegar á nuestros días, que la idea socialista se ha abierto paso entre los oprimidos, y analiza públicamente el valor de esos espejismos y los reduce á la nada, preparando la patria del porvenir.

Y corre la idea redentora de un confin á otro confin, de una nación á otra nación, de un continente á otro continente, y los explotados, sin preocuparse del color de la piel que cada uno tiene, ni del lugar donde ha nacido, se dan fraternalmente la mano sin respetar el límite que determina dónde principia y dónde concluye la patria.

¡Justicia tejen con sus dedos enlazados los obreros del mundo todo! ¡Justicia humana, justicia justa, que no tendrá asiento entre los hombres hasta que los explotados levanten la cabeza virilmente por encima de las fronteras y destruyan para siempre el tinglado del privilegio y de la miseria!—Fermín Blázquez.

Madrid.



El Capitalismo conduciendo á la Guerra.

La crisis del marxismo.

En esta labor crítica de nuestro tiempo, caracterizada por la revisión de toda clase de principios y apogemas que pudieron parecer algún día inconcusos y definitivos, tocó su turno a las doctrinas de Marx. Se habla como de cosa indudable de la crisis del marxismo, y los enemigos de todo orden de las ideas socialistas se muestran complacidos y satisfechos pensando tal vez que el Socialismo recibe con ello un golpe de muerte.

Según Ferri, son tres los puntos fundamentales de las doctrinas del genial pensador alemán: el sentido materialista ó económico de la Historia, la teoría de la plusvalía ó supervalía y la afirmación de la lucha de clases. ¿A cuál ó á cuáles de estos principios alcanza la cacareada crisis?

Los procedimientos hoy en boga para los estudios históricos conceden cada vez mayor importancia al factor económico, considerando que los modos de producción, los adelantos materiales y las revoluciones de la industria, son los hechos que imprimen su genuino carácter á los distintos períodos de la historia...

La famosa teoría de la supervalía no ha encontrado, que sepamos hasta hoy, una impugnación seria. La masa obrera de los países modernos no sabrá entender el complicado aunque riguroso tecnicismo con que Marx hubo de revestirla, pero bien se da cuenta en su malestar y en la miseria de sus dolorosos efectos.

La traducción práctica de la supervalía es la explotación del trabajador por el capitalista y ¿cuál es, sino el reconocimiento de tal explotación, el único fundamento de la legislación obrera aceptada hoy hasta por los individualistas más irreductibles? Todo el derecho obrero á que tiende la nueva legislación civil reconoce implícitamente la inferioridad económica del proletariado, pues de no ser así, resultaría aquel derecho una intolerable herejía jurídica.

Y aceptada la supervalía como una indiscutible verdad económica, la lucha de clases no es sino su corolario inmediato. Si en el régimen presente, por su mismo automatismo, el capital explota al trabajo, capitalistas y trabajadores han de verse impelidos por la fuerza de las cosas, y mal que les pese, á entablar una lucha en que, frente al capital que busca codiciosamente su ganancia, el trabajo ha de reclamar la mejor remuneración que legítimamente le corresponde. No es, pues, la lucha de clases, como algunos creen, una invención de los socialistas para sembrar el encono y la rebeldía.

La lucha de clases es una deplorable realidad y una consecuencia del modo de producir actual, y el Socialismo no hace otra cosa que recogerla y aprovecharla, trasladándola del terreno personal á un plano superior donde las personas aparecen como categorías económicas, moralmente irresponsables. Nuestra aspiración es que al final de ella no haya otro vencedor que la justicia social, ni otro vencido que el inmoderado afán de lucro del capitalismo.

¿La crisis del marxismo?—Las rectificaciones á Marx pueden referirse á sus predicciones acerca de la concentración capitalista, al concepto demasiado catastrófico de la revolución social; pero todo ello es circunstancial y adjetivo. Lo sustancial del marxismo está en pie y estará por tiempo... Por encima de esta moda revisionista é iconoclasta de nuestra época, el Socialismo, tanto en sus fundamentos económicos como en sus derivaciones políticas, tiene hoy por hoy que apoyarse en Marx como en su más sólido elemento.—Juan Morán.

Madrid, abril 1912.

EL RIF

(Apuntes de viaje)

Yendo por el corazón de España he visto un pueblo tan triste de ver que á cada momento me hacía cerrar los ojos, de manera que me cuesta creer no lo haya visto en algún mal sueño. En este pueblo, las pocas gentes que quedan, es tanta el hambre atrasada que tienen, que casi se han acostumbrado á no comer. Estoy seguro de que dándoles de pronto una comida sustanciosa se las mataría, como se mataría á ciertos enfermos. Pan y cebolla, no comen otra cosa; pero ¡qué pan! Carne, los días de la fiesta del santo. Así que están desmirriadísimas. Les pasa lo que á la planta que, falta de jugos nutritivos, tiene que alimentarse de sí misma, de sus reservas vitales. ó sea devorándose. Son autótagas; no comen. Luego tienen que comerse para estirar algo su vida animal; tienen que vivir de su propia degeneración, de su propia destrucción, yendo siempre á menos.

Aquí, y en los aldeorrios vecinos, hay familias de enanos que se heredan desde hace más de un siglo el privilegio de no enviar ningún individuo al ejército. Estos enanillos legañosos podrán ser españoles; pero yo más quisiera que no fuesen. Se ven ancianos chupadísimos, en los huesos, altos, facés buitrescas, resistentes y nervudos aún, que de ordinario tienen los hijos «por ahí». ¡Hermosos tipos! Indudablemente, ésta ha debido ser una raza recia, tremenda. Los demás, los jóvenes que quedan, son unos desperdicios de raza; abreviaturas de hombre, conatos de hombre, hominiceos. De algunos se sacaría provecho llevándolos en jaulitas á Inglaterra ó Alemania, como homisimianos; ó exponiéndolos en los Museos de Historia Natural de esas naciones para mostrar á todos, chicos y grandes, los efectos físicos de las injusti-

cias consentidas demasiado tiempo por toda nación que se olvide de ser grande.

En este pueblo de pesadilla hay un cura que, el pobre, apenas ve y apenas oye, de viejo, y apenas habla más que de la patria celeste, con voz cascada; un maestro que no hace más que «cascarles las liendres» á sus hijos; un cacique que no es nada sin otro cacique que nunca pisa el pueblo. Saber leer, diez ó doce, y ellos, servidores del subcacique, parasitillos. Fuera de estos diez ó doce, nadie sabe quién es el jefe del Gobierno, ni le importa. Tener idea de las leyes ciudadanas, ni los diez ó doce. «Hecha la ley, hecha la trampa», dicen los leídos y repiten los no leídos. O como me decía, dándose aires de superioridad, un vejezón lleno de experiencia: «Créame usted, joven, al pobre le toca siempre la de perder.» Apenas saben si hay guerra, ó lo saben de una manera infantilmente salvaje. «A valientes nadie nos gana á los españoles.» Además, creen que guerra tiene que haber siempre. Fatalismo, rutina, dejadez, suciedad, crueldad, superstición, enanismo mental, odios mortales de pueblo á pueblo, batallas de mozos. Una kabila. ¡Qué! peor, peor.

Acabo de recibir periódicos. Todos traen grandes títulos: «España en el Rif.» Todos traen las inmoralidades, los delitos increíbles que se echan en cara los ministros de una y otra banda, que se llaman piratas, para luego quedar tan amigos. Yo creo que los periódicos pudieran permitirse intitular esta podredumbre «El Rif en España», con caracteres más visibles aún, ya que los rifenos, estando tan lejos y no sabiendo el español, no tendrían ocasión de darse por ofendidos. De todas maneras, ahora me doy más perfecta cuenta de lo que es la guerra de Africa. La guerra de Africa consiste en que los que han hecho de España un Rif se entercan lógicamente en que el Rif sea una España, cosa que los rifenos no quieren, sin duda porque les parecemos demasiado rifenos.

Hay que conquistar el Rif, sí. El Rif de España.—Tomás Meabe.

El gran rotativo católico.

El señor obispo de Jaca ha repartido profusamente un folleto en el que propone los medios para la fundación de un gran periódico católico. Modestamente se dice en la cubierta que el impreso, como no vale nada, no cuesta nada. Costar no cuesta nada, puesto que gratuitamente se distribuye, pero valer, vale mucho; vale mucho como síntoma de la carcoma que corroe á la más poderosa de las sociedades, que en un enorme período de siglos subyugó las conciencias y dispuso casi en absoluto de toda la vida del Estado.

Estimamos conveniente cuidarnos de tal folleto. Queremos y debemos darle toda la publicidad que se merece.

El prelado de Jaca no se limita á proponer la creación de un periódico de gran tirada, para envidia y rabia de los impíos, tales son sus palabras, sostenido, redactado y dirigido por quienes profesen las ideas católicas, sino que con ruda forma y no mucha templanza en el concepto, considera como medios indispensables la hipocresía, el cohecho, la corrupción, la compra venal de los periodistas que brillan en la actualidad, cuyas creencias, sigue diciendo el señor obispo, si es que alguna tienen, las dejarán por unas cuantas pesetas, y como los antiguos condottieri pondrán sus plumas al servicio de quien mejor se las pague. Y añade el santo varón: «Teniendo mucho dinero para la obra de la buena prensa, se podría comprar muy barata una parte de los periódicos malos para mantenerla neutral, ó hacer desde allí cierta clase de propaganda ó se podría comprar su silencio ó su favor en determinadas ocasiones.»

Pasemos por alto las apreciaciones no muy honrosas que el autor de tal folleto hace de los periodistas, pero preciso es reconocer que cuando el señor obispo de Jaca escribió las anteriores líneas, no le iluminó el Espíritu Santo, y desde luego no tuvo aquella prudencia y moderación que aconseja San Pablo á los obispos en su primera epístola á Timoteo.

Pero salvo los debidos respetos que nos merecen las personas, todos los hombres de recto sentido deben censurar que un prelado que ha obtenido la plenitud del sacerdocio, que un ministro de una religión que se dice ser la única verdadera, de amor, de paz y de sinceridad de corazón, estimule la superchería en la propaganda de la doctrina, fomente la corrupción de las conciencias de los hombres sin honor, que ponen su pluma al único estímulo de su codicia y de toda clase de malas pasiones, y entone el himno más entusiasta á la fuerza del dinero.

No lo dude el señor obispo de Jaca; dinero tendrá para el rotativo, dinero también habrá para los nuevos templos modernistas sin la grandeza y austeridad de los de la época en que la sociedad era cristiana, dinero tendrá, sobre todo si se lisonjea la vanidad de los fundadores, inscribiendo sus nombres en las naves y mejor aún si se esculpen en mármoles sus figuras. Dinero habrá para todo, sobrarán los medios materiales, pero le faltarán á la Iglesia las conciencias, el rebaño, las ovejas que no apacentó, que no defendió del lobo de la ignorancia y la miseria y de la explotación. Todo, todo se paga en el mundo, y las sociedades, como los individuos, purgan mucho antes de que el ángel toque la trompeta todos sus errores, sus egoísmos, sus rapacidades plado-

sas y su falta de amor á la Humanidad.

Los días de la Iglesia están contados. Que no se esfuerce en recobrar el poderío de los pasados tiempos; le es hostil el ambiente. Olvidó su misión educadora y pedagógica, se preocupó de aumentar sus bienes patrimoniales, mantuvo la intolerancia, contribuyó al sostenimiento de la trata de negros, ensangrentó con guerras nuestro territorio, justo es que pague todas sus culpas. De poco le valdrá su férrea organización y los rotativos del porvenir. Dejó de cumplir sus primordiales deberes y ahora tocamos todos las consecuencias, encontrándonos en medio de dos populachos: uno, desaharrado, inculto, soez, que á cualquier revuelta asalta y quema los conventos; otro, bien vestido, cínicamente escéptico, ineducado, que desconsidera ó atropella á las mujeres en las calles; escarnece á las desdichadas cantantes y bailarinas de los cines, y pide la oreja en las plazas de toros.

Al paganismo substituyó el cristianismo. Este ha fracasado y necesariamente ha de surgir otra religión, que ya está en camino y que pronto habrá de producir sus frutos: la religión de los nuevos desheredados, de los proletarios, de los desposeídos, de los fuertes y sanos de corazón, de los que trabajan con la inteligencia ó con los brazos, de los que quieren derribar este régimen que á todos aniquila, de aquéllos que como Tertuliano, pero con más amplitud de miras, afirman «que el mundo es una república, patria común del género humano».—Luis Pereira y Elata.

Lo que urge.

Pocas líneas hacen falta para convencer á los socialistas españoles de la necesidad imperiosa de tener un periódico diario.

El compañero Meliá, que ha trabajado incansablemente por transformar EL SOCIALISTA en diario, ha dicho cuanto se puede escribir acerca de tan interesante asunto.

Por referencias que tengo, en el próximo Congreso del Partido se presentará el proyecto que sirva de cimiento á tan magna obra. De hoy en adelante no debemos descansar un momento en la propaganda de tan necesaria transformación, haciendo ver á todos los trabajadores la necesidad de crear un periódico que sea el genuino, el único defensor de la clase obrera, el cual ha de recoger en sus columnas todas las injusticias de que son víctimas los explotados, ha de realizar una intensa obra de cultura, inspirándose en procedimientos científicos, y ha de combatir sin eufemismos á la clase burguesa y sus representantes, los Gobiernos, llámense liberales ó conservadores.

¡Sea este número de 1.º de mayo el último que, con el carácter de extraordinario, aparezca semanalmente! ¡Contribuyamos todos, ya que hoy es lo que urge, á la realización de lo que hace años podría parecer utópico, y el Partido Socialista español podrá enorgullecerse de su labor emancipadora, no con la vanidad que usan otros partidos, sino con la satisfacción del deber cumplido!—Born.

Madrid.

¡Fuera notes!

Hay entre los trabajadores un grupo que forma rancho aparte para luchar contra el capitalismo. Llamáronse anarquistas, ácratas, libertarios, y hoy sindicalistas. Ellos dirán que no; pero su objeto fué siempre el mismo: sembrar odio contra los socialistas.

Los anarquistas, que se han dividido y subdividido creando un interminable número de escuelas pomposamente llamadas filosóficas, para concluir en una olla de grillos, de su paso por las luchas obreras no han dejado más que las espaldas molidas de los trabajadores por el látigo de los servidores del capitalismo.

Predicando la propaganda por el hecho, aconsejando la acción violenta en toda ocasión, la rebeldía tumultuaria como el mejor estado de la clase obrera, han dado siempre el pretexto para que los Gobiernos, representantes genuinos del capitalismo, apaleasen, encarcelasen y fusilasen trabajadores.

Desacreditados los anarquistas con un nombre, han adoptado otro, para seguir generalmente por los mismos disparatados caminos, de los que tan malos recuerdos guardan los trabajadores que les hicieron caso.

No preguntéis por las organizaciones fruto de la propaganda de los ácratas. No tienen nada. Lucharon contra las Cajas de resistencia y mendigaron los fondos de las Asociaciones que les tenían para luchar contra los patronos.

En su loca carrera encontráronse los ácratas con los socialistas, y en vez de combatir á éstos con razonamientos, les llamaron vividores, holgazanes, vendidos á la burguesía, y el tiempo enseña que la organización sería de los trabajadores, lo que constituye un peligro aquí y en todo el mundo para la burguesía, es la creada y dirigida por los socialistas.

Estos son los hechos. Hoy, con el nombre de sindicalistas y con métodos de lucha que no siempre son oportunos, pretenden alucinar á los trabajadores que no están aún suficientemente escarmentados, y más á la juventud obrera, siempre inexperta.

Nosotros, los socialistas, jamás cambiamos de nombre, porque no somos ni hemos pretendido nunca pasar por matones

ni barateros del movimiento obrero. Nuestro nombre es honrado y no tenemos por qué cambiarlo.

Adoptando los procedimientos que las circunstancias, el progreso de los tiempos y el estado de conciencia en los trabajadores permite, vamos adelante, pisando espinas, pero no inútilmente para la causa obrera.

No predicamos el odio impulsados por la impotencia. Predicamos la unión para ser fuertes. Sin olvidar el mañana, vamos viviendo al día, sin buscar conflictos superiores á nuestras fuerzas, ni rehuirlos cobardemente cuando se nos provoca.

He ahí nuestra acción en el movimiento obrero y de ella sale nuestra fuerza, que acrecienta el odio de los malos anarquistas hacia nosotros.

Para combatirnos, sólo para esto, cambian frecuentemente de nombre. Afortunadamente, la clase obrera va conociendo esos infelices desparecidos. Anarquistas, ácratas, libertarios ó sindicalistas revolucionarios, se les conoce por la mala intención; los mismos perros con distintos collares. Hay excepciones. ¿Dónde no las hay?

Obreros: ¡Cuidado con los...!—M. Vigil Montoto.

Oviedo, 1912.

Aniversario.

En la pobre estancia reina un silencio de muerte. Djérase que es morada de brujas, recinto de aquelarres, á juzgar por su apariencia extraña y desastrosa.

En el aire parece flotar un espíritu maligno, de crueles sentimientos.

Dos ancianos, sentados sobre rústicos taburetes, permanecen ensimismados en mutismo que aterra.

Deben sufrir lo inconcebible, á juzgar por el constante temblor de sus carnes ajadas y lacias por la lucha continua que los proletarios llevan en esta vida preñada de injusticias.

Sólo la anciana, la que en tiempos fué una moza brava y requerida por galanes, sacude la modorra y gime con angustia. ¡Grave lucha debe librarse en sus corazones!

—¡Nadie viene! ¡Nadie viene!—objeta con tristeza el viejo. Y abriendo el vetusto ventanillo, escruta con mirada dura la carretera que blanquea, que reluce, bajo los rayos del Sol.

De esta guisa permanece largo rato, hasta que en sus cansados ojos nótase una alegría inmensa. Y abrazando á su compañera con cariño que recuerda tiempos más gratos, dícela suave:

—¡Deja de llorar, Luisa, que viene tu hijo!

Juntos bajan la antigua escalera, deseando que llegue el mozo para prodigarle caricias amantísimas, ósculos de madre que impregnan el alma de dicha ineffable.

—¡Paciencia, viejos míos, paciencia!—exclama un arrogante joven que viste con donosura el uniforme que la patria le diera.

—¡Cuenta, cuenta!—interrumpe con avidez el tío Pablo, mientras la pobre vieja, presintiendo graves males como madre dolorida, prorrumpe en copioso llanto.

El mozo, algo cohibido por el temor á explicar la verdad, comenzó su charla con los abuelos, que la agudaban como si fuese maná bienhechor.

—¡Oh, qué buenos son ustedes, y cuánta tristeza siento sólo en ver que las lágrimas se escapan de sus ojos! ¡Demontre! ¡Hay que tener ánimo! En campaña no sirven las personas que lloran: tienen que ser duras como piedras...

—¿Y mi hijo? ¿Y mi hijo?—interrumpe la tía Luisa.

—¡Calmá, abuela! Nuestro hijo Virgilio en paz está y en buen lugar. No hay que temer nada. Pronto tendrá en su poder la licencia. (Y al decir estas palabras, el joven ahogó en su garganta un suspiro. Mentía.) Ello fué que una mañana del mes de mayo, cuando las flores brindaban su oloroso cáliz á los mortales, oímos un toque de corneta que requería con urgencia nuestro auxilio para otros desdichados que estaban peleando.

—¿Qué pasó?—interrogó el tío Pablo con ansiedad.

—Como nacidos de las piedras avanzaba hacia nuestro campamento una numerosa legión de enemigos, haciendo horribles descargas que sembraban la muerte en nuestras filas. Fué una sorpresa que no hemos sabido todavía quién tuvo la culpa de ella.

Hay algunos que hablan de impericia, otros de mala estrella. El caso fué que en aquellos terrenos desconocidos para nosotros libróse una batalla horrible, inhumana. Los ayes lastimeros que gran número de heridos lanzaban en el fragor del combate y el horrisono estruendo de la artillería, hacían un espectáculo angustioso. Por fin, después de muchas horas de pelea y merced á nuevos refuerzos que vinieron en nuestra ayuda, nos retiramos al campamento defendiéndonos como leones. En lo más encarnizado del combate, un cuerpo cayó pesadamente sobre mí. Era un pobre soldado que había recibido un tremendo balazo en el pecho.

Despreciando el peligro acudí en su auxilio y...

—¡Sigue, hijo, sigue!—dicen á coro los abuelos con asombrosa ansiedad.

—Y oí que me llamaba por mi nombre. ¡Andrés!—me decía el cuitado—acaba mi vida... la guerra... maldita... no quieren paz... ¡hienas... á mi madre... á mi padre... quépelos... díles que muero aborreciendo... hombres chacales... que matan á la humanidad.

Y el desdichado, confundido su cuerpo con la tierra húmeda y la sangre, me dió un objeto diciéndome ya casi sin fuerzas: —¡Toma, Andrés... á mis compañeros... paz... paz...!

Después no sé lo que pasó. Yo me vi herido en un brazo, sobre una cama del hospital, y mi amigo bajo aquellas tierras que sirvieron de circo á las bestias humanas.

Y alargando á los abuelos acogojados el objeto, que consistía en el carnet de una Agrupación socialista, empapado en sangre, díjoles quedamente:

—Cumplo el encargo del ser que murió en holocausto de la codicia humana. Amorosos recuerdos os doy de aquel que peleó sañudamente con otros hombres que ningún daño habíale inferido. ¡El muerto era vuestro hijo Virgilio!

Es 1.º de mayo. Por la calle principal del pueblo circula la manifestación de hombres puros, exentos de prejuicios. Sus cantos entusiásticos, como bálsamo bienhechor penetran en la estancia donde reina la angustia. El tío Pablo y la tía Luisa escuchan con respeto los himnos de paz, fijándose sus miradas en aquella masa de hombres modernos, donde otras veces concurría su Virgilio.

Ya llega la manifestación junto á la casa, y sabedores los proletarios de la desgracia por que pasan aquellos abuelitos, entonan un cántico de recuerdo al compañero muerto en la guerra.

Llora de emoción la tía Luisa, y el tío Pablo, en un momento supremo, lanza á la calle el carnet de su hijo, diciendo: «¡Hijos míos, tomad: es un recuerdo de vuestro compañero!»

La muchedumbre se aleja cantando himnos á la Paz, á la Igualdad, á la Fraternidad, abominando de los hombres chacales.—Emilio Alenda.

Este año faltará.

He aquí la primera vez que dejo de asistir á los actos del 1.º de mayo.

Ni un solo año, desde que en España se celebra la Fiesta obrera, he faltado á los mítines, jiras ó manifestaciones de este día. Desde mi niñez soy constante.

Recuerdo... Recuerdo un 1.º de mayo en que los trabajadores reunidos en el Liceo Rius, escuchando á Iglesias, sintieron de sus labios una condenación tan absoluta de las guerras coloniales, una descripción tan fiel de las amarguras á que eran sometidos los soldados españoles y sus padres, que hubo un instante en que todos los oyentes lloraban. Pocas horas después, sabíase en Madrid la gran catástrofe de Cavite.

Recuerdo que otro 1.º de mayo la autoridad negó permiso para ir en manifestación por las calles. Celebróse un mitin en los jardines del Buen Retiro, que estuvieron atestados. La organización obrera madrileña había crecido de manera sorprendente en pocos meses. Había tal ambiente de energía en la masa, que sin previo acuerdo resolvióse hacer la manifestación. Era de ver á policías y guardias arrollados, y la enorme manifestación, con banderas desplegadas, atravesó Madrid, pasando frente á la Presidencia del Consejo. No ha habido después Gobierno capaz de prohibir la Manifestación.

Recuerdo otro 1.º de mayo en que salí á escape del ministerio de la Guerra y pude alcanzar la manifestación en la Puerta del Sol. No podía entrar en ella porque mi uniforme de soldado resaltaría de modo harto llamativo y me exponía á cualquier contratiempo. Pero... al lado de mi bandera, á pocos pasos de ella, por la acera, como transeunte, fui hasta la calle de Relatores; y una vez allí, sin contenerme, me metí de cabeza en el Centro.

Son mis mejores recuerdos del 1.º de mayo.

En todos los estados de mi vida he acudido á la Fiesta: de niño, de mocito, con mi novia, con mi mujer, con mis hijos... ¡Y he de ir con mis nietos! Tengamos salud y nos veremos el 1.º de mayo de muchos años, cada vez más ufanos de nuestra obra, cada vez más entusiastas.

Solamente este año... Este año no me veréis en nuestra manifestación ni en nuestra jira. Aunque pidiera permiso para acudir, no me lo concederían.

Pero es posible que este año me encuentre entre vosotros más intensamente que nunca. Imaginariamente os seguiré en todos vuestros momentos, y sotto-voce cantaré con vosotros los bellos himnos proletarios. He de tener horas de abstracción en que me sentiré á vuestro lado. Si no el cuerpo, tendréis de mí el alma, que es lo que más vale.

Mientras con vuestras compañeras é hijos os entregáis á la alegría, yo estaré endureciendo mi espíritu contra el yunque de la adversidad, sin tristeza, pero con rencor.

Cuando por las admirables avenidas de la Moncloa caminéis en busca del césped donde acomodaros y merendar, volved alguna vez la vista y, contemplando esta odiosa mansión, dedicad un recuerdo á los hermanos cautivos que aquí estamos templando el acero de nuestras convicciones.—Juan A. Meliá.

Los conservadores estilo Torquemada; los demócratas á lo Thiers; los radicales de meollo enserrinado, pueden seguir persiguiendo á los trabajadores y mintiéndose á sí mismos.

Lo que ha de venir vendrá á pesar, de todo y contra todo.

Pefa Cruz, Pizarro, 16.